

## 11. Sin apoyo

Muy cercano al término *infirmitas*, como falta de firmeza, hay un término que la Regla utiliza 4 veces: el término *imbecillitas*. Hoy, en algunas lenguas, llamar a alguien imbécil es un insulto. En los tiempos de san Benito, sin embargo, designaba una gran fragilidad de fuerzas, sobre todo físicas. La etimología de “*imbecillis* – imbécil” es interesante; está compuesta por *in* y por *becillum*, que proviene de *bacillum*, que es un diminutivo de *baculum*, que significa bastón. Es un término que en su origen designaba a quien no tenía bastón para sostenerse, para estar en pie, e lo necesitaría.

Por lo tanto, no es por casualidad que se hable de *imbecillitas*, con referencia a los monjes ancianos y a los niños, en el capítulo 37 de la Regla, sobre el que volveremos porque es muy importante para entender el sentido de la misericordia en san Benito. En el mismo se dice: “Se tenga siempre en cuenta su debilidad (*consideretur semper in eis imbecillitas*), y no se les someta a los rigores de la Regla por lo que respecta a la alimentación” (RB 37,2).

Los ancianos y los niños no son enfermos, pero representan las edades que tienen especialmente necesidad de apoyo exterior, en este caso, de alimentos más sustanciosos de los que permite la Regla para quien tiene las fuerzas de la edad.

En el capítulo 35, se amplía la idea a todos aquellos que por una razón u otra son más débiles. Aquí se trata del servicio de la cocina, que era confiado por turnos a todos los monjes durante una semana. Un trabajo muy fatigoso. Por lo que san Benito, después de haber dicho que todos deben hacerlo, se apresura a pensar en los más débiles, antes de describir largamente y con todo detalle cómo se debe desempeñar este servicio. En san Benito se da siempre una atención prioritaria a los más débiles, hoy diríamos una “opción preferencial” por los más frágiles. También aquí es como si se apresurase a proveer de un bastón a los “*imbecilles*” que no lo tienen para sostener su fragilidad: “A aquellos que son débiles (*imbecillibus*) se les dé una ayuda (*solacia*), para que no cumplan el encargo con tristeza” (RB 35,3).

Es interesante señalar que aquí san Benito es sensible al hecho de que el ser humano no está compuesto de compartimentos estancos, sino que es una unidad en la que cuerpo y alma se influyen mutuamente. En este caso, la tristeza del alma puede estar provocada por la fragilidad física, y por esto el apoyo a las fuerzas físicas, a través de la ayuda de hermanos o con un poco más de alimento, contribuye también a la alegría espiritual. Y quiere que estos hermanos sean apoyados para poder cumplir el servicio como los demás, es decir, para que puedan vivir con plenitud la vida de la comunidad, que puedan también ellos sentirse útiles.

En el capítulo 40, que trata de la medida en el beber, es decir, del vino, san Benito hace un razonamiento que parece lo opuesto a lo que dice en el capítulo sobre el servicio de cocina. No se trata tanto de ayudar a los más débiles a hacer igual que los más fuertes, sino que se establece para todos la medida de vino que es necesaria para los más débiles.

El comienzo del capítulo nos muestra un san Benito inseguro y escrupuloso, que no consigue decidirse a dar a sus comunidades un reglamento razonable sobre la medida en el comer y en el beber que no disminuya la observancia monástica. “Cada uno tiene el don particular que Dios le ha dado; unos uno, y otros otro. Por eso, con cierta escrupulosidad determinamos la cantidad de alimento que los demás han de tomar. Sin embargo, por consideración a la flaqueza de los débiles (*infirmorum contuentes imbecillitatem*), pensamos que es suficiente una hemina de vino al día por persona” (RB 40,1-3).

Parece que vemos a san Benito inquieto, con la pluma en la mano, que piensa y vuelve a pensar qué escribir sobre la cantidad de vino. Teme ser demasiado laxista, permitir demasiado, poner en la Regla un punto débil que provocará decadencia y vergüenza en sus monasterios. Piensa en los padres de la vida monástica que escriben que “el vino es totalmente impropio de monjes” (RB 40,6). Está verdaderamente poseído de los escrúpulos, como él mismo escribe. Pero en él el escrúpulo no es solamente por temer a ser poco riguroso, poco severo. Es más bien lo contrario: teme ser demasiado severo, prescribir una ley que no tenga en cuenta las infinitas diferencias de los dones espirituales y de las constituciones físicas en los monjes de su época y del futuro. Pero, por otro lado, es como si su escrúpulo y su inquietud se resolviese en el momento en el que escucha a su corazón de padre misericordioso. Piensa en la debilidad de los enfermos, en la *imbecillitas infirmorum*, y es como si gritase: “¡Eureka! ¡Lo encontré!”. La buena medida es la de quien tiene menos fuerzas, la de quien es más débil, la de quien necesita un poco de vino para tener la energía necesaria para vivir, para trabajar, para calentarse cuando hace frío, o refrescarse cuando hace calor. En resumen, la debilidad de quien está enfermo es una buena medida, es una buena medida para todos, no es ni mucho ni poco.

Pero aparte del ejemplo, que es muy particular, lo que me interesa subrayar es que en este capítulo san Benito nos ha confiado su trabajo de discernimiento para tomar una decisión que respete todos los factores de la vida y de la vocación de una comunidad monástica. Podía escribir, como un código civil o penal, que pone una multa cuando un conductor da más grados en la sangre de los permitidos en el test de alcoholemia. En su caso podía escribir que se bebe una hemina de vino al día y basta. Pero no es esto lo que le interesa a san Benito. A él no le interesan las medidas, las leyes. A él le interesan las personas, su bien, su felicidad y, por lo tanto, su vocación. Por esto aprovecha de este capítulo para comunicarnos su incertidumbre, su escrúpulo, pero también su tranquilidad y paz cuando encuentra lo que va bien ante todo a los enfermos más débiles. San Benito está en paz cuando respeta y ayuda a respetar y a vivir la misericordia, y, primeramente, cuando no pierde de vista la necesidad de atención y amor del que es más débil, y ayuda a los demás a hacer lo mismo.

Hoy no sabemos cuánto contenía una hemina, y es mejor así, porque la importancia y la actualidad de este capítulo 40 de la Regla no es cuánto vino se puede beber. También, en 1500 años, ha cambiado la cantidad de alcohol que contiene el vino, y muchísimos otros factores. Pero que el discernimiento debe tener cuenta sobre todo a los más débiles, esto permanecerá siempre de actualidad, como el Evangelio de Cristo.